



LA MORAL EN ACCION

LA HIJA DE MILTON

Milton, el sublime autor de *El Paraíso perdido*, había llegado á la vejez, y con ella al colmo de las desgracias humanas. El poeta cuya fama debía atravesar los siglos, estaba ciego y sumido en la más cruel indigencia.

Sólo le quedaba en su soledad un consuelo; consuelo divino que dulcificaba en gran manera sus inmensas desdichas. Milton poseía una esposa, jóven todavía, que era el modelo de todas las virtudes, y tres inocentes niñas, hermosas como tres ángeles, que con sus continuas caricias disipaban las nubes de devoradora tristeza que oscurecían á todas horas la rugosa frente del anciano y sabio padre.

Jenny, la mayor de las tres, era la que corría con el arreglo de la pobre habitación que ocultaba, ó más bien

disimulaba con el aseo, su casi completa desnudez. Pero Jenny poseía además otra joya, que iba resaltando en ella á medida que crecía. Esta joya era una habilidad tan extraordinaria en tocar el clavicordio, que en aquella época, en que la música había hecho muy pocos progresos en Inglaterra, esta habilidad era mirada como un resultado singular y digno de la mayor admiración.

Jenny poseía todas las gracias que puede reunir la jóven mejor educada, cuando apenas tenía quince años; su figura era de las más nobles, su carácter sumamente afable, y estaba dotada de una hermosura é inteligencia de las más distinguidas. Tal era la hija de Milton, que, reuniendo á todas sus bellezas su sorprendente habi-

lidad como filarmónica, había sabido conciliarse la benevolencia y el aprecio de toda la aristocracia inglesa.

Dos ó tres familias de Lóndres le habían hecho el honor de confiarla la educación de sus hijas.

Entre estas familias se contaba la del duque de Rochester. Este duque era el heredero de uno de los nombres más brillantes de la nobleza británica, y de una fortuna de las más colosales, de manera que la protección de un personaje tan noble y generoso, no podía menos de ofrecer numerosas ventajas á la pobre Jenny.

Sin embargo, nada más pobre, nada más mezquino que la retribución que recibía la jóven maestra de la casa del duque. Este aristócrata tan espléndido y tan celebrado en los círculos de Lóndres, sólo pagaba á la pobre Jenny dos guineas al mes en recompensa de las lecciones de música que ésta daba á sus hijas.

Por tan miserable cantidad, la jóven se sujetaba todos los días á ser la esclava de dos niñas exigentes, orgullosas y llenas de caprichos, condenándose á tocar veinte veces seguidas una misma cosa, repitiendo cien veces las mismas observaciones, trabajando y fastidiándose con explicaciones inútiles, sin poder obtener dos minutos de atención de sus petulantes discípulas en una porción de horas que ocupaban en este trabajo diario.

Jenny, sin embargo, soportaba sin murmurar su triste posición. Una consideración sola, consideración hija de sus puros y nobles sentimientos, bastaba para hacerla resignarse sin dolor al trabajo; aquella pobre retribución mensual era de absoluta necesidad para sostener á su padre ciego y dos

hermanitas más jóvenes que ella, y su corazón excelente no podía retroceder ante los mayores sacrificios, si con ellos podía subvenir á las primeras necesidades de aquellos seres á quienes tanto amaba.

Jenny venía, pues, al fin de cada mes á recoger las dos guineas de manos del mayordomo del señor duque, y se encaminaba en seguida á entregarlas á su familia con la sonrisa en los labios y la mayor alegría en el corazón.

Un día, el viejo mayordomo del duque de Rochester, que padecía frecuentes distracciones, entregó á la jóven tres guineas en lugar de dos, como tenía de costumbre; pero la inocente Jenny, que recibió su dinero sin contarle, no se apercibió de la equivocación hasta que se encontró en la calle.

¿Debia volverse atrás y restituir la guinea que le había entregado de más el mayordomo? ¿Debia aprovecharse de la equivocación y llevar á su familia aquel inesperado consuelo?

Para una jóven que se hallaba casi sumida en la miseria, para una jóven que era el único sosten de su desconsolada familia, la cuestión era bastante difícil de resolver.

Después de todo, decía Jenny esforzándose en convencerse á sí misma, el señor duque no sería más rico ni más pobre por una guinea más ó menos, y mi familia se alegraría infinito de tan feliz como inesperado socorro.

Jenny se sonrió y empezó á pensar en la alegría que aquel dinero iba á producir en su padre y en sus amables hermanitas.

Mas á medida que adelantaba el paso sus reflexiones tomaron poco á poco un carácter sombrío que la obligó á detenerse; recordó los principios de ho-

nor y probidad que se le habían inculcado desde la edad más tierna, trajo á su memoria los consejos de su querido padre, y se sonrojó de haber podido concebir el pensamiento de apropiarse la guinea que no le pertenecía.

Entónces volvieron á presentarse á su imaginacion los sofismas con que la necesidad había querido colorear su conducta, pensó en su pobre padre, y estuvo largo tiempo indecisa, fluctuando entre las sugerencias del amor filial y los escrúpulos de su delicada conciencia... La lucha fué larga y sostenida, pero al fin triunfó la conciencia.

Jenny volvió á tomar el camino del palacio del duque de Rochester, buscó al mayordomo, y cubriendo con una mano sus hermosos ojos preñados de lágrimas:

—Señor, le dijo, os habeis equivocado, pues me disteis una guinea de más, que os devuelvo.

Dejó Jenny la guinea sobre la mesa, y sin esperar contestacion salió á la calle, llegando á su casa con el corazón triste, pero tranquilo.

Al dia siguiente, la jóven maestra recibió de manos del mayordomo tres guineas que el duque de Rochester le enviaba en recompensa de su heróica probidad.

Aquella lealtad, aquella delicadeza en una niña de quince años, que así supo resistir á las sugerencias del hambre y de la miseria, y á las inspiraciones mucho más poderosas aún de la ternura filial, y que escuchó sólo los escrúpulos de su conciencia, revelan un corazón noble y delicado y son un alto ejemplo que deben tener muy presente los tiernos lectores de *Los Niños*, persuadidos de que la probidad es la primera condicion que ha de tener una persona para ser estimada.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Madrid, 1872.

PENSAMIENTOS

La pobreza carece de muchas cosas, pero la avaricia carece de todo.

La adulacion es una moneda falsa que nuestra vanidad toma por moneda corriente.

El que tiene mucha caridad es el verdadero hombre de bien.

El que piensa en sus deberes sólo cuando se le recuerdan, no es hombre de bien.

Teme como si fueran animales feroces á los aduladores y á los delatores.

Mejor que observar y criticar los defectos ajenos, es conocer y corregir los propios.

Mirad como padre á vuestro superior, como hermano á vuestro igual, y como hijo á vuestro inferior.

Negar nuestros defectos cuando se nos reprenden, es aumentarlos con el más feo de todos.

En cosas difíciles de probar, vale más dudar que asegurar.

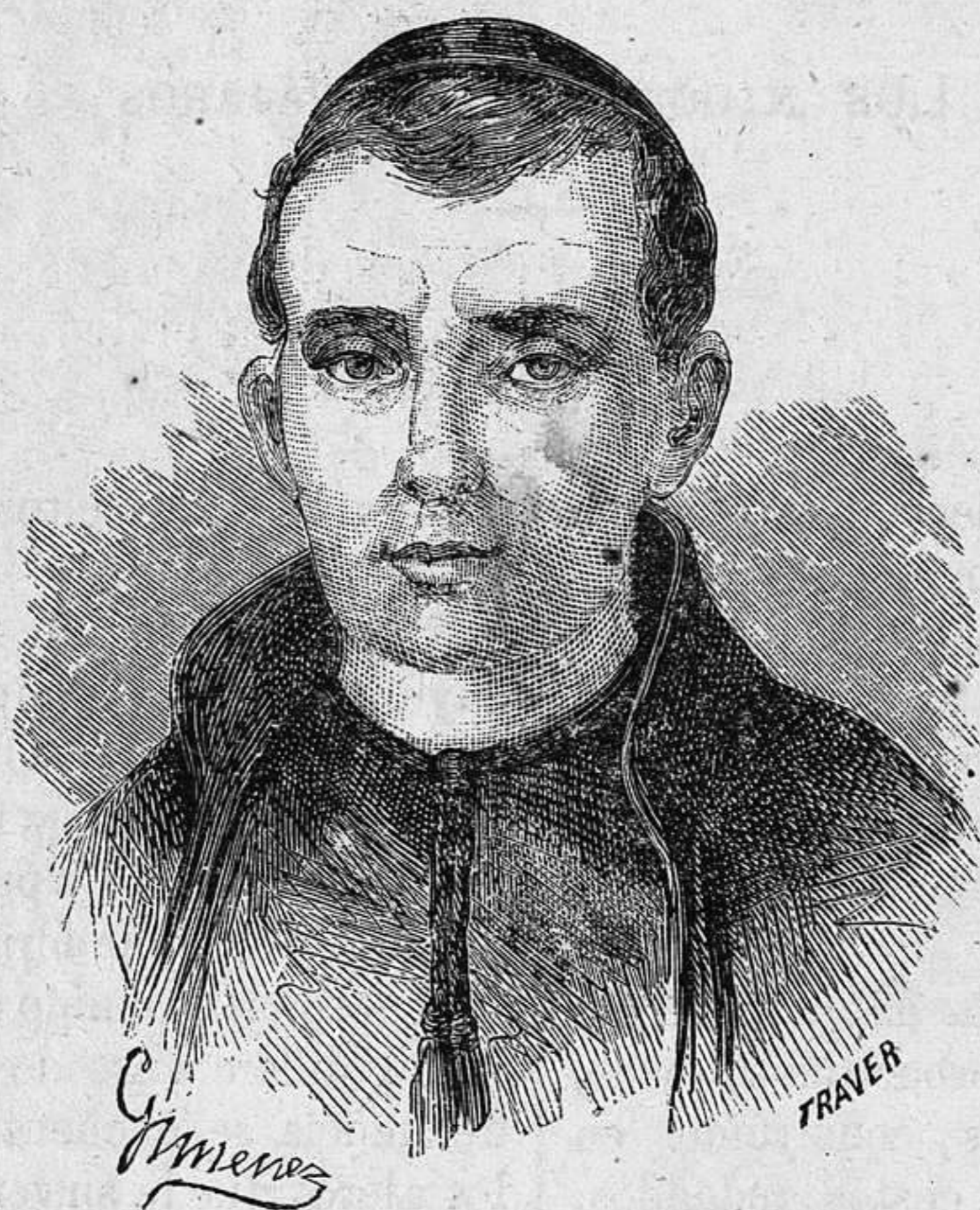
El sabio es dócil para hacer desde luego sin vacilaciones lo que debe hacer.

Empezar una disputa es como romper un dique.—Procurad no empezarla nunca.

La envidia que habla y vocea es siempre torpe; la que calla es la temible.

El mejor medio de vengarse del envidioso es conducirse mejor que él.

La economía es hija del arreglo y de la educacion.



DON JAIME BALMES

Este ilustre sacerdote, que, muy joven, murió en 1849, alcanzó una gran reputación en España, y fuera de España, por sus escritos filosóficos, políticos y religiosos.

En su hermoso libro *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, hizo la más brillante apología de nuestra santa religión, y por esto el nombre de Balmes es respetado y querido para todo buen católico.

Escribió también *El Criterio* y *El Pensamiento de la Nación*, periódico redactado con un talento extraordinario.

El estilo de Balmes puede presentarse como el más acabado modelo de corrección y buen gusto.

Fué, en resumen, el presbítero Balmes uno de los hombres de más talento que han honrado á la patria, y en él era tanta la sabiduría como la virtud.



LOS NIDOS DE LOS PÁJAROS

(Conclusion)

La curruca de invierno hace un nido bastante grande y construido con solidez, aunque no con elegancia, y le forma de musgo, de lana, de pelos y de otras materias, pero le coloca siempre tan al descubierto, tan visible y tan bajo, que siempre hacen presa de él otros animales.

Hasta ahora hemos hablado de los nidos hechos con hierbecillas, juncos, hojas, pelos y lanas, construidos en forma de pequeños cestos redondos. Ahora daremos á conocer los nidos de formas diferentes y construidos con otras materias que los pajaritos llevan en el pico, amasan ó ablandan, y pegan de mil diversos modos.

Uno de los más notables que así trabajan, es el llamado pájaro hornero. Es del tamaño de una alondra, con plumas pardas, y su nido tiene una arquitectura especial. Se compone de légamo, recogido en el curso de los rios, al cual da más consistencia mezclándolo con hierbas filosas y troncos de plantas. Esta construcción se endurece con los rayos del sol, y cuando está completamente cocida, parece más bien el trabajo de un aprendiz de alfarero que un nido, adquiriendo la solidez del ladrillo. Es redondo, en forma de cúpula, con una entrada en un lado. Por su parte interior está dividido en dos habitaciones, y en la última de estas habitaciones es donde empolla la

hembra sus huevecitos sobre una capa de plumazon.

El vencejo comun forma un nido, cuyo exterior se compone de una especie de barro, y se vale tambien de hierbas, de plumas y fibras vegetales. Es bastante sólido y puede servir algunos años. La golondrina comun construye tambien su nido de fango, pero la forma difiere algo de los demas. Con frecuencia se encuentra colocado bajo los aleros que le sirven de tejado; pero cuando lo requieren las circunstancias, el pájaro añade á su nido una cubierta en forma de cúpula. La golondrina exige un nido descubierto, á causa de su cola larga y ahorquillada. Pone generalmente cinco huevos.

La golondrina de ribera perfora, á fuerza de picotazos, los muros, y en ellos arregla su nido, rellenando el hueco que hace en la tapia con plumas y hierbas secas. La arvela ó martin-pescador no abre siempre por sí mismo el nido en que vive, pero arregla á su gusto las gazaperas ó agujeros que encuentra hechos. Lo forran ó arreglan interiormente con espinas de peces, en términos que cuando se ha podido sacar entero, se ha visto que era una cosa muy curiosa, porque el ave va colocando todos los huesecillos de peces con orden y regularidad, y no á la ventura.

Otra ave, la pitorrita, tambien ex-

cava su covacha para poner su nido, y á veces tambien le gusta ocupar alguna madriguera de otros animales, á los cuales ahuyenta á picotazos de su tan raro como enorme pico.

Seria interminable citar todos los pájaros que se construyen nidos entre las tapias, en los muros, en los peñascos, ó entre las grietas de la tierra. Otros los hacen en los troncos de los árboles, y no quieren vivir ni saben vivir en otra parte alguna. El torcecuellos escoge las rendijas de los árboles. El trepador busca las concavidades de los troncos viejos ó de los árboles muertos, y las rellena de pluma, hierbas y musgo. La abubilla tambien se anida en árboles viejos, y rellena el nido de hierbas y plumas. El cocotraustes busca para domicilio una cavidad de entrada pequeña, y si el orificio de entrada es demasiado grande, le reduce la hembra amasando arcilla, que va colocando alrededor.

Respecto del tucan, ave de América, que vive en los troncos de los árboles, no se sabe si hace el nido por sí mismo, abriéndole á picotazos en la corteza, ó si sólo arregla las grietas y agujeros que ya encuentra hechos. Dícese que los monos tienen declarada la guerra á los hijuelos de los tucanes, y que la madre los defiende sólo con sacar fuera del nido su enorme pico, con el que rechaza todos los ataques.

III

Hemos hablado ya de los pájaros que hacen nidos tejidos por ellos entre las ramas de los árboles que los sostienen, y de los que hacen madrigueras en las paredes y en el suelo. Ahora nos ocuparemos de los que se construyen nidos suspendidos ó colgantes.

Todos los nidos suspendidos son notables por sus formas caprichosas; todos se columpian al extremo de las ramas; pero unos son muy cortos, otros muy largos; unas veces la entrada se halla en su parte inferior, otras veces en un lado, y otras arriba.

Los pájaros llamados tejedores habitan las zonas abrasadoras de Asia y Africa, y suspenden generalmente sus nidos al extremo de las ramas pequeñas, en las plantas parásitas, en las hojas de palmera ó en las cañas. Con frecuencia lo construyen encima del agua, á muy corta distancia de la superficie. En este último caso tienen por objeto el proteger sus huevos y sus pequeñuelos contra los ataques de los innumerables monos que pueblan los bosques.

El más comun de los tejedores de Africa es el tejedor de pico rojo. Es muy singular la costumbre que tiene este pájaro de ir siempre al lado de los búfalos, marchando siempre por donde ellos vayan, y consiste en que los tejedores se alimentan de los distintos insectos parásitos que viven sobre los búfalos, y para comérselos se posan, ya sobre sus cuernos, ya sobre sus espaldas, indistintamente, de lo que se alegra mucho el búfalo, porque le limpian de animales molestos.

El nido suspendido del tejedor mahali del Africa meridional presenta tal dureza y consistencia, que parece hecho de mortero por algun albañil de profesion.

Otro pájaro tejedor le hace de tal figura, que parece un cuerno suspendido al revés. Está tejido con hierbas elásticas y estrechas, delgadas como bramante. Llámale oropéndola amarilla. Elige la rama más flexible, de

modo que siempre está su nido suspendido encima del agua de los rios.

Otra clase de aves de este género, de cabeza amarilla, le construye de cañas muy fuertes, en términos que aunque se caiga de muy alto no se rompe. Otro nido de esta clase de aves tiene su entrada circular á un costado, y allí se posan á veces al entrar y salir.

El vencejo de la palmera, que habita la Jamáica, construye su nido colgante de algodón por fuera, que parece fieltro. Le prende de un cocotero, pero con tanta solidez, que al arrancar con fuerza el nido, se separa la membrana exterior de la hoja.

La curruca y la silvia de cola en forma de abanico, cosen las hojas para formar su nido, con puntadas que dan con el pico y con hebras de hilos que sacan de fibras vegetales muy delgadas.

En la Australia forman tambien su nido suspendido el sericornio de garganta amarilla, la acantiza, el melífago cantador, la acaciapéndola, el melífago de garganta blanca. En América, en fin, los pájaros-moscas construyen preciosos nidos suspendidos, y todo concurre para que el hombre admire y contemple anonadado la habilidad y belleza de tantos miles de seres alados que pueblan los aires.



UN DRAMITA PARA LOS NIÑOS

Nuestros lectores verán con satisfacción el siguiente cuadro dramático, y estamos seguros de que muchos de ellos tendrán gusto en representarlo.

Se refiere á uno de los acontecimientos más gloriosos de nuestra historia, y el protagonista es un personaje cuyo nombre deben los niños acostumbrarse á respetar y admirar como

el de uno de los más grandes hombres que Dios ha enviado á la tierra.

Las familias cuya fortuna les permita hacer gastos, pueden decorar la representación y vestir á los actores convenientemente, lo cual dará mayor atractivo á la fiesta; pero lo principal es que los niños reciten los versos con inteligencia, con buena entonación y con propiedad.

¡ TIERRA !

CUADRO DRAMÁTICO ORIGINAL

de D. Manuel Ossorio y Bernard, y D. Francisco Muñoz y Ruiz

PERSONAJES

CRISTÓBAL COLON
GUTIERREZ
RODRIGO SANCHEZ DE SEGOVIA

PILOTO
MARINERO PRIMERO
IDEM SEGUNDO

11 DE OCTUBRE DE 1492

El teatro representa el interior de la carabela *Santa María*: en el fondo el castillo de popa con puerta practicable, que supone dar entrada á la cámara del almirante. Mar y cielo completando la decoración. En el telon del foro estará representada una isla sobre la superficie de las aguas, que deberá verse al indicarse la aurora.

Es de noche: dos faroles se hallan suspendidos del mástil del centro y de la puerta del castillo. Lonas, rollos de cuerda, escalas, remos, barricas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, los marineros forman un grupo alrededor del piloto. A la derecha, inclinado sobre la banda, escucha su diálogo Rodrigo.

MARINERO PRIMERO.

Loco ó malvado nuestra muerte ansía.

MARINERO SEGUNDO.

Callar más tiempo , criminal locura
fuera en nosotros ya : dia tras dia
hiende la barca el elemento bravo,
caminando constante á la ventura,
y sólo inmensidad ven nuestros ojos
de confin á confin, de cabo á cabo:
tan sólo por doquier tumba segura.

PILOTO.

Y más tiempo creer que esos despojos
con que animarnos á seguir la empresa
quiere Colon , son restos arrancados
de ignotos mundos que cercanos se hallan,
creer que el mar otras orillas besa,
son sueños de Satan, sueños malvados
que agitan á las almas que batallan
en el infierno , para dar la muerte
al osado, al altivo , al codicioso
que busca sin reposo
á la muerte , alejado de su suerte.

MARINERO PRIMERO.

Pues volvámonos ya : ¿quién nos lo impide?

PILOTO.

¡Vive Cristo! Me espanta y maravilla
que quien los astros á su antojo lanza,
el mar contiene, nuestras vidas mide,
el que lleva á la orilla,
salva al fin de la bárbara pujanza
del huracan , la mísera barquilla ,
no tenga un rayo que esgrimir certero
contra ese ginovés , que soñó un mundo,
y arrancárselo á Dios pensando fiero
del báratro profundo
de la muerte nos lleva á los umbrales,
cómplices de sus yerros criminales.

MARINERO PRIMERO.

Obliguémosle, pues...

MARINERO SEGUNDO.

Quizás el ruego
pueda más que la fuerza.

PILOTO.

Gusano vil, ¿imaginaste ciego
que una súplica tuerza
su firme voluntad, gigante roca
que altiva despreció nuestros clamores ,
y á estragos y dolores
impávida se muestra y nos provoca ?

MARINERO PRIMERO.

Pues al agua con él; si tanto fía
en llegar á la tierra deseada,
en brazos de Satan llegar podria
de una sola jornada
á ese mundo ilusorio,
infierno de su alma ó purgatorio.

VARIOS MARINEROS.

¡Já! ¡já!

PILOTO.

Calle la lengua ,
y obre el valor que en nuestros pechos arde.
A otro plazo acceder fuera vil mengua,
digno baldon del ánimo cobarde,
y es preciso acabar.

ESCENA II.

Los mismos y Gutierrez, apareciendo en el fondo.

GUTIERREZ. (*Aparte.*)

¿Qué inicta trama
el crimen imagina sin pavura?
¿Cuál será el nuevo alarde
de loca sedicion , que muerte aclama ?

PILOTO.

Lóbrego el manto de la noche oscura
favorece mi plan : Colon dormido
al brazo vengador se entrega inerte.

GUTIERREZ. (*Aparte.*)

¡Que ha de ser siempre el fuerte
víctima del traidor!

PILOTO.

Ya sumergido
con su sueño en el fondo de los mares,
los remos aprestais, que yo piloto
nuncio seré del puerto , ora remoto,
seguro ingreso de los patrios lares.
La aurora lucirá, y al verse solas
y á merced de las olas
las gentes que gobiernan los Pinzones,
pronto nos seguirán sus oraciones
á las ansiadas playas españolas.

RODRIGO.

Mas matarle, ¡qué horror! ¿por qué, malvados,
si por él nunca fuimos castigados?
¿si siempre escucha nuestra queja atento,
y vida recobramos con su acento,
y mil bienes ansiados
con paternal cariño nos ofrece,
y espera él más si nuestro miedo acrece?

PILOTO.
¡Cobarde!

RODRIGO.
¡Yo cobarde!

PILOTO.
El labio sella
y el hierro esgrima tu potente mano.
Más tarde ya hablaremos.

RODRIGO.
No hace mella
la amenaza insensata de un villano
traidor y pendenciero
en quien cual yo, cristiano y caballero,
ante los mismos muros de Granada
en sangre mora enrojeció la espada.

MARINERO PRIMERO.
¡Muera!

PILOTO. (*Ap. á Rodrigo.*)
Calla, y más tarde
de ese valor conmigo harás alarde.

RODRIGO. (*Aparte.*)
Prudencia y calma, si... calma y prudencia,
pues peligra Colon.

MARINERO PRIMERO. (*Al piloto.*)
El tiempo avanza,
y es preciso acabar.

PILOTO. (*Sacando una cuchilla.*)
Si esta le alcanza...
¡que tenga de él piedad la Providencia!
(*Al dirigirse hácia la puerta, Gutierrez le
detiene sujetándole el brazo.*)

GUTIERREZ.
¡Atrás, cobarde!

PILOTO.
¡Suelta ó te asesino!

GUTIERREZ.
Depon el hierro, si morir no quieres.

PILOTO. (*Forcejeando.*)
Apártate, ó te aplasto en mi camino
cual inundo reptil.

GUTIERREZ. (*Arrojándole al suelo.*)
Mi esclavo eres.
Mas nunca se manchó en sangre villana
de traidor criminal mi noble acero.

¡Aléjate de mí, que si mañana
se divisara al fin la orilla indiana,
como castigo al proceder artero,
en una antena ahorcado
llegarás á ese mundo conquistado!

PILOTO. (*Aparte.*)

¡Venganza y maldicion por tanta afrenta!

GUTIERREZ.

Y vosotros, llegad: los que atrevidos
os mostrábais há poco decididos,
cual bandada sedienta
de buitres carniceros é inhumanos,
á desgarrarle con impías manos,
venid á mí. Si el miedo os avasalla
uno por uno, á desigual batalla
os podeis aprestar: juntos os reto.

MARINERO PRIMERO.

¡A él!

MARINERO SEGUNDO.

¡Demosle muerte!

PILOTO:

Frágil valla
tu cadáver será.

GUTIERREZ.

Mas mi bravura
me servirá tan sólo de amuleto.
¡Y rugiente cual fiera catarata
que inspirando pavora
al desbordarse rompe, hiere y mata,
pronto os daré en el mar tumba segura!

ESCENA III.

Los mismos. Colon apareciendo en la puerta del castillo
de popa, tranquilo y sereno. Al verle, los tripulantes, que es-
taban prontos á arrojarle sobre Gutierrez, retroceden con res-
peto.

COLON.

Ya me teneis aqui. Colon es vuestro.
(*A Gut.*) Tu arrojo admiro; mas tu arrojo
guarda,
mi Gutierrez leal, que el plan siniestro
al ánimo tranquilo no acobarda.
Todos llegad y herid, si os aconseja
la ira medrosa alientos criminales.
No saldrá de mis labios una queja:
llegad á mí, porque Colon no ceja,
aunque rasguen su seno esos puñales.
¿Quién nunca osó precipitar al viento
por distinto camino
del que le marca el poderoso acento

del Dios del huracan? ¿Quién de su sino
pudo enmendar el porvenir sangriento?
¿Quién el rayo avasalla,
ni quién logró contra la muerte valla?
¿Quién se atrevió á las leyes
dictadas por un Dios desde la altura,
que guardan en la misma sepultura
á los pobres mendigos y á los reyes?
¿Ningun mortal rivalizó en demencia
con el ángel rebelde! Aquí os espero...
¿qué dudais? Destruyendo mi existencia
vais á herir á la misma Providencia...
Sacrilegos, aguardo vuestro acero,
Yo, de Dios mensajero,
la mision que me dió llenar confio,
y si al fin vuestra bárbara cuchilla
presa me hiciese del rencor impio,
aun mi cuerpo llegara hasta esa orilla
que ve y admira el pensamiento mio.
Mas, ¿qué fuerais sin mí? ¿Colon ya muerto,
cruzariais el liquido desierto
sin direccion, y hambrientos algun día,
la muerte vuestro aliento embargaria
antes de hallar el codiciado puerto!

MARINERO PRIMERO.

¡Triste verdad!

MARINERO SEGUNDO.

Su prediccion me aterra.

COLON.

Señor, dales la fe que mi alma encierra.

PILOTO.

¡Mil truenos del infierno!
¿quereis hacer nuestro camino eterno?

COLON.

Dadme sólo tres dias:
si en ellos no se escucha el cañonazo
de la *Pinta* que boga no lejana,
marcando el fin de las promesas mias,
matadme al espirar tan breve plazo.

PILOTO.

Matarte, no... Si tu promesa es vana,
tu muerte no queremos...
en el palo mayor te amarraremos
para que guies á los patrios lares.

COLON.

Tres dias, y seré siervo obediente.
Dejadme ahora entregado á los pesares.

PILOTO.

¡Tres dias nada más!

COLON.

Tres solamente.

(Los marineros desaparecen por el primer término. Gutiérrez y Rodrigo permanecen en la escena.)

Y vosotros, ¿no os vais?

GUTIERREZ.

De vuestra vida
guardas queremos ser.

COLON.

Dios en mi empeño
siempre me protegió.

GUTIERREZ.

Pero...

COLON.

Descuida.

Sin duelo alguno os entregad al sueño.

ESCENA IV.

Colon. Gutiérrez y Rodrigo acostados sobre unas velas á la izquierda.

Ya se alejan de aquí... Dios poderoso,
tu santo nombre al invocar osado
me iluminó la fe: nunca medroso
mi pecho palpité: nunca del hado
mi salvacion fié; mas si demencia
no enturbia mi razon que en ti confia,
mira, Señor, que en la palabra mia
se puede confirmar la Providencia.

.....
Haber no puede mares infinitos:
otros mundos tras ellos
en el concierto universal inscritos,
del cristianismo aguardan los destellos.
Con mi muerte, tal vez en el olvido
volvieron á yacer eternamente:
con mi triunfo, su nombre conocido
y adorado será de extraña gente.
Abrevia, ¡oh Dios! el plazo
en que puedan los hijos vencedores
unir por siempre en fraternal abrazo
de las humanas razas los dolores.
Y si á lograrlo fuese necesario
que mis ojos cerrase á la existencia,
aceptaré gozoso mi Calvario,
bendiciendo al morir tu omnipotencia.
Piedad, Señor, piedad: desde tu altura
mi pequeñez contempla que se humilla:
hazme ver, como nuncio de ventura,

la tierra que mi mente se figura,
y lánzame cadáver á su orilla.

.....
Pero si falsa fuera

la creencia que agitó toda mi vida...
¡oh! nunca, ser no puede duradera
esta vacilacion desconocida.

Varias veces el mar llevó en su seno
hasta Europa vestigios de otra raza,
toscas embarcaciones,
frutas extrañas, útiles de caza:
hoy mismo en nuestro mástil se ha posado
alegremente tímida avecilla,
por haberla alejado
su raudo vuelo de cercana orilla.

Forma el agua del mar un movimiento
que denuncia la costa no lejana,
y la vegetacion que la engalana
sus aromas extraños presta al viento.

Todo, todo me dice

con empeño eficaz y consecuente:

«Colon, la Providencia te bendice,
despierta á la verdad, alza la frente:
ya tocas con la mano

el continente que anunciaste ufano.

La vision toma formas por momentos,
la locura acertó con el camino,
los mismos elementos
van á marcarte el fin de tu destino.

Cercano á la victoria,
deja que la ignorancia te mancille:
sus torpes dardos hacen hoy que brille
radiante de esplendor tu eterna gloria.»

Y venceré; la fe que desde niño
en mi atrevida empresa me acompaña
y que triunfó del fraternal cariño

y me condujo mendigando á España;
la fe que mi alma llena

y del error entre las sombras brilla;

la fe que impuse á Perez de Marchena
y compartió la reina de Castilla,
alguien la hizo nacer, alguien la acrece,
alguien, cuando la duda en mi germina,
mi ambicion nuevamente fortalece
y al logro de mis planes me encamina.

Cuando de fuerzas materiales falto
carecia aún de pan para mi Diego,
un pensamiento alto

abrasaba mi mente con su fuego.

Cuando el sabio consejo religioso
mis proyectos tachaba de locura
y de impiedad, mi pecho generoso

arrostraba la mancha de impostura;

y pobre y desvalido

no cejaba un instante en mis afanes,
juzgándome elegido
del mismo Dios para lograr sus planes;
y venciendo del cuerpo la dolencia,
y á Dios unido en misterioso lazo,
yo fuí siervo, Él la suma Omnipotencia,
Él la idea, yo el brazo.

.....

Mas, ¡ay de mí! si entre la niebla oscura
habré dejado atras el continente
que en vano busco ya... ¡Cuán poco dura
el tranquilo reposo de la mente!

Quiero dudarlo y con constancia extraña
este afan me persigue decidido:

yo juré no dormir dejando á España,
y la flaca materia ha sucumbido.

Y si fueran verdad estos temores...

si los buques se fueran alejando
del término feliz que van buscando,
venciendo de los mares los rigores,
si naciesen un dia y otro dia
y siempre inútilmente...

¡oh, no! no puede ser, Dios es clemente
para el mortal que en su bondad confía!

*(Reparando en el horizonte una luz, que el
espectador habrá observado momentos antes.)*

Pero, una luz allí mi vista alcanza
que rápida fulgura:

¿es emblema del triunfo y la esperanza,
ó fruto de mi horrible calentura?

Sí, sí... una hoguera entre las aguas miro...
desaparece... brilla nuevamente...

No puedo más: abrázase mi frente,
y no sé si es que sueño ó que deliro.

¡Ay! Si los rayos rojos
de esa lumbre fugaz, que ya no brilla,
son hijos de una horrible pesadilla,
Señor, por compasion, seca mis ojos.

Mas, ¿cómo convencerme?...

Esa incrédula turba vengativa
tranquilamente duerme...

Y ora la luz es más extensa y viva...

¡Ah! Gutierrez... Rodrigo... *(Ulamándoles)*
mirad, mirad allí... léjos... muy léjos...

GUTIERREZ.

Solo entrever consigo
una gran claridad.

RODRIGO.

Yo, los reflejos
de una luz que aparece por instantes
para perderse á poco.

COLON.

¡Ah! sí, es verdad, sus ojos penetrantes no pueden engañar al pobre loco. Mas, silencio ¡por Dios! no de esa gente aumentemos tal vez las decepciones, y hasta que brille el sol en el Oriente alcemos al Señor Omnipotente nuestras más fervorosas oraciones. Dejad á los incrédulos dormidos... de rodillas aquí... silencio ahora, y reprimid del pecho los latidos hasta que nazca la risueña aurora.

.....

 Nada se vuelve á ver... ¡oh! ¡qué martirio!... la oscura noche por doquiera tiende su fúnebre crespon... ¡Sueño, delirio, ó verdad que la mente no comprende, pronto lo explicará la luz del día... pronto... ¡cuánto me abrasa su tardanza! Cuán lento corre el tiempo al que en él fia su más grata esperanza!

.....

(Va amaneciendo lentamente.)
 ¡Ya empieza á clarear... ya acorta el plazo... y prosigue el silencio que me aterra!
(Suena un cañonazo á larga distancia.)
 ¡Oís? ¡El cañonazo de la Pinta sin duda!...

VOZ LEJANA.

¡Tierra!

OTRA MÁS CERCA.

¡Tierra!

COLON. *(Cayendo de rodillas.)*

¡Gracias, gracias!

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos, los tripulantes que acuden en todas direcciones y se arrodillan exclamando.

¡Perdon!

COLON.

Alzad del suelo, y terminen por siempre los temores. ¡Quién abriga rencores cuando tan claramente os habla el cielo?

GUTIERREZ. *(Acudiendo al proscenio con el estandarte de Castilla.)*

¡Gloria á Colon!

COLON.

Si el sueño de mi mente se realiza llegando hasta la orilla de ese desconocido continente, ¡Gloria al Eterno Dios Omnipotente! ¡Gloria á la excelsa reina de Castilla!

(Ha acabado de amanecer, viéndose con la luz del día en el horizonte una isla de abundante vegetación.)

FIN DEL CUADRO.

HIDROSTÁTICA

Continuando, queridos niños, el estudio de la gravedad, ya que me he propuesto daros una idea general de los efectos de esta fuerza, voy á ocuparme hoy de los que produce sobre los líquidos, y de los cuales se hacen infinitas aplicaciones, estando fundada en esta teoría la construcción de embarcaciones de todas clases.

Todo lo que al estudio de los líquidos se refiere, tiene su fundamento en el principio importantísimo que el sa-

bio Pascal descubrió, y que se enuncia diciendo: *Si en un punto cualquiera de una masa líquida se ejerce una presión, ésta se transmite á todos los puntos de la masa con igual intensidad.* Este principio, llamado también de igualdad de presión, que en las cátedras de física se demuestra de varias maneras, es indispensable tenerlo en cuenta al estudiar la acción de la gravedad sobre los líquidos.

Tomemos, pues, un líquido, agua,

por ejemplo, en un vaso cualquiera, y consideremos la masa líquida dividida en capas horizontales sumamente delgadas. La primera capa superior no se hallará sometida á otra fuerza que á la de la gravedad; pero la inmediata inferior, además de hallarse sometida á la acción de la gravedad, sufrirá la presión que sobre ella ejerce la primera; presión que, en virtud del principio de Pascal, transmitirá á la tercera; ésta sufrirá la transmitida por la segunda, aumentada en la que ejerce esta misma segunda, además de la acción de la gravedad, y podríamos continuar este mismo razonamiento hasta llegar al fondo del vaso, el cual sufre la presión de toda la columna líquida. Por lo tanto, la presión á que se halla sometida una copa horizontal cualquiera, depende del mayor número de capas que sobre ella existan, y por consiguiente de la profundidad á que se encuentre colocada. De aquí deduciremos que la presión ejercida por un líquido sobre el fondo de la vasija que lo contiene depende de la altura de la columna líquida; y una misma cantidad de un cuerpo en este estado puede producir presiones muy diferentes, según la altura que tome, sea mayor ó menor, en virtud de la forma del vaso. Pascal hacia la siguiente experiencia, que demuestra esta verdad. Tomaba un tonel perfectamente cerrado, y en una de sus bases practicaba un orificio, al que adaptaba un tubo estrecho, y largo de algunos metros, cuya unión con el tonel la barnizaba perfectamente, sujetando la unión de suerte que el agua no pudiera salirse por la juntura. Lleno el tonel de agua, añadía una nueva porción de este líquido por el tubo, y cuando en éste llegaba la co-

lumna á una gran altura, aunque era pequeña la capacidad de éste, y pequeña por consecuencia la cantidad de líquido, la presión era suficiente para reventar y desvencijar el tonel.

Los líquidos ejercen también una presión de abajo arriba, y esto, que puede considerarse como una consecuencia del principio de Pascal, puede demostrarse también experimentalmente. Para ello se toma un tubo de vidrio de dos á tres decímetros de longitud, y de medio decímetro de diámetro, abierto por sus dos extremidades. Se tapa una de sus dos aberturas con un obturador provisto de un hilo, que, pasando por el interior del tubo, viene á salir fuera, y, tirando del hilo, se le sumerge por el lado del obturador en una vasija que contenga agua. Si entonces se abandona el hilo, el obturador no se cae; y si en el interior del tubo donde el agua no ha podido entrar, se va echando de este líquido, se le ve caer precisamente en el instante en que la columna interior del tubo llega á tener la misma altura que la exterior; lo que nos dice que una cualquiera de las capas horizontales en que hemos supuesto dividida la masa líquida, sufre una presión de abajo hacia arriba, igual á la que produciría en sentido inverso una columna líquida que tuviera por base la capa considerada, y por altura, la que haya desde dicha capa hasta la superficie del líquido.

También ejercen los cuerpos en este estado presiones laterales sobre las paredes de los vasos que los contienen, y la presión ejercida sobre una pared cualquiera es igual á la que ejercería de arriba abajo una columna líquida que tuviera por base el trozo

de pared considerado, y por altura la distancia desde el centro de gravedad de dicho trozo á la superficie del líquido. Si alguna vez habeis visto en paseos ó jardines fuentes cuyos surtidores giran á medida que el agua sale por ellos, tendreis una prueba evidente de la presión que los líquidos ejercen lateralmente. En efecto, estos surtidores suelen tener una forma que se aproxima más ó menos á una Z, y en los remates existen dos orificios por donde el agua ha de salir, estando además montado por su centro sobre un eje de suerte que pueda girar. Si los orificios estuviesen cerrados, y el tubo lleno de agua, se ejercería una presión en la pared que los cubre, y otra igual y contraria en la parte opuesta: estas dos fuerzas se destruirían, y por lo tanto, habría equilibrio; mas faltando la primera, se ejerce sólo la segunda, y no existiendo la contraria que destruya su efecto, el surtidor se pone en movimiento en sentido contrario á aquel en que sale el agua.

Puesto que ya conocemos las presiones que un líquido ejerce y las condiciones para que se halle en equilibrio, supongamos ahora que en el fondo del vaso en que el líquido está contenido hay un orificio, y que por éste y un tubo que á él se adapte en posición horizontal comunique con otro vaso diferente. Si concebimos que en ambos vasos comunicantes haya líquido, sobre el fondo de uno, cualquiera de ellos, se ejercerá una presión, que estará determinada por la columna líquida contenida en él; esta presión se transmitirá, en virtud del principio de Pascal, al otro vaso por el tubo de comunicación, y para que haya equilibrio es necesario

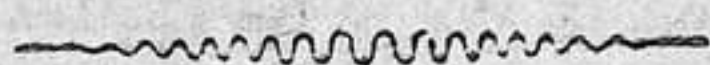
que en el fondo de este otro se ejerza otra presión igual á la que obra sobre el primero; luego es indispensable que el líquido tome la misma altura en ambos vasos.

Esto nos explica perfectamente por qué el agua, al salir de los surtidores de ciertas fuentes, se eleva á una altura más ó menos considerable. La fuente de la Puerta del Sol puede servir de ejemplo. En efecto: el depósito que hay en el Campo de Guardias para surtir de aguas á Madrid, podemos considerarlo como una gran vasija, que está colocada en un punto más elevado que la Puerta del Sol, y en comunicación con la fuente que adorna esta plaza. El agua, al salir del surtidor, se halla sometida á una presión determinada por una columna líquida, cuya altura sería la que tiene el depósito citado sobre el piso de la Puerta del Sol, que es de muchos metros, y, por lo tanto, sale con una fuerza que la elevaría á la altura del depósito, si no perdiera parte de ella en vencer el rozamiento con los tubos que atraviesa, y la resistencia del aire, al través del cual ha de abrirse paso cuando sale del surtidor.

Réstame decir, para terminar, que cuando en vasos comunicantes se colocan líquidos diferentes, que no sean susceptibles de mezclarse de un modo homogéneo, como agua, mercurio, aceite, etc., cada líquido toma una altura tanto mayor, cuanto menos pesado sea, ó, hablando con más propiedad: *las alturas de los líquidos están en razón inversa de sus densidades.*

Veremos en otra ocasión la gran importancia que tiene esta ley, que nos explica muchos fenómenos.

AURELIANO JIMENEZ.



EL COLUMPIO



Es indudable que columpiarse es un entretenimiento muy agradable; pero también suele tener sus peligros.

Puede romperse la cuerda; un movimiento, un vahido, un ligero descuido, pueden producir una caída peligrosísima, y acaso una desgracia.

Así, pues, conviene en eso, como en todo, tener prevision y prudencia, y asegurarse bien de que la cuerda es fuerte y está bien atada, y evitar todo descuido.